

PORFIRIO (haciéndose el sueco y sin dar muestras de entender cosa). — ¿Me permite el señor conde que lea la carta?

EL CONDE. — Léala usted tan despacio como quiera.

PORFIRIO (después de enterarse del papelorio y devolviéndolo á S. E.) — Siento mucho decirle á usted que no firmaré la carta.

EL CONDE. — ¿Y por qué? ¿Se puede saber por qué no firma usted la carta? No le exijo ningún acto indecoroso; simplemente le ruego prevenga á ese indio salvaje de Juan Francisco Lucas, que no fusile á los prisioneros austriacos, pues muy bien puede celebrarse un canje con los que nosotros tenemos guardados aquí y resultar favorecido usted.

PORFIRIO. — No lo dudo, señor conde; pero como no puedo darle órdenes al general Lucas, y si se las diera él no había de obedecerlas, porque procederían de un jefe prisionero y sin mando, me rehusó á firmar la carta.

EL CONDE (sonriendo con sonrisa de raposa). — Sin embargo, general, esa regla debe de admitir excepciones.

PORFIRIO. — No entiendo.

EL CONDE. — Mas yo sí; usted ha firmado en su prisión el despacho de general de don Luis Pérez Figueroa, y si está inhabilitado y carece de jurisdicción, tan nulo será el despacho de Figueroa como la firma de esta carta.

PORFIRIO. — Me ha hecho usted reflexionar; segura-

mente es nulo el despacho; pero no quiero seguir autorizando actos nulos.

EL CONDE. — Mentira parece que al cabo de nueve meses se halle usted tan entero y tan en sus puntos como ahora le miro. Pero quien tiene la culpa de esta situación es el bueno de Csismadía, que con sus contemplaciones y su benevolencia hizo creer á ustedes en no sé cuántos embelecos y puso en un brete la seguridad del imperio. Pero ya se ha llevado su merecido.

PORFIRIO. — Siento mucho que usted todavía no conozca la gente con quien trata. Las condescendencias del barón de Csismadía eran más fuertes para hombres de honor y nos ligaban más que todas las cerraduras que usted pueda mandar poner en la prisión.

EL CONDE. — Quizás no.

PORFIRIO. — Seguramente que sí.

EL CONDE. — ¿Me reta usted? Pues yo le reto á mi vez para que se escape, y le doy el plazo que desee para que lo consiga... ¿No me responde? Vaya á la prisión y no trate de salir de ella hasta que esté resuelto á poner la firma que le pido como seguridad de su conducta correcta en la cárcel.

* * *

Seguían las tertulias en casa de Campardon; pero, ¿cosa rara! aquel tieso y almibarado teniente Chastel, que

al parecer no había de inclinarse nunca ante los caprichos de mujer ninguna, empezó á mostrarse rendido ante las gracias de la dulce y tenue Violette.

Casi no pasaba tarde sin que se presentara con el cucurucho de caramelos ó con el ramillete de flores ó con la poesía, ¡ay! rimada en pareados franceses al estilo lamartiniano. Y como era tan orgulloso y tan pagado de su personita, se figuraba que cualquier demostración de éstas bastaba y sobraba para que la chica cayera á sus pies pidiéndole su amor; y como los días pasaran y Violette no se diera á partido y de nada sirvieran versos, ni dulces, ni flores, dió y tomó el bendito Chastel en que había un cuerpo extraño que impedía la comunicación entre él y la amada.

— No le queta duda, exclamaba Boldi tratando de que pusiera su *dscuido en reparo*; no le queta duda: es ese maldito catitán quien se lleva á la Cantardoncita.

— ¡Ah, mujeres imbéciles! pensaba el teniente; ¿será posible que ésta no se muera por mí? Yo guapo, yo joven, yo con el número ocho en mi curso de la Escuela militar, yo teniente á los veinticinco años, me encuentro con un corazón suficientemente pedernalino, con una inteligencia lo bastante estrecha y con una voluntad tan torpe y tan ruin, que no se prendan de mí, ni comprenden el honor que hago, ni reconocen que es poco el consagrarme la vida á cambio de una de mis atenciones.

Así discurría Chastel, pero no llegaba á pensar en que el capitán mexicano, convertido por entonces en un chálán de lo más insignificante, pudiera poner los ojos en donde los había puesto el guapo servidor de Su Majestad francesa.

— Debe de ser algún francés de los que mira todos los días quien le ha sorbido el seso. Quizás sea Carlier, quizás Étienne, quizás el mismo viejo Récal; pero un mexicano, un salvaje, un enemigo, eso nunca. Habría que suponer que se juntaban el cielo y la tierra.

Mas para su pasmo y su disgusto, pronto pudo darse cuenta de la evidencia y calcular lo mal que andaba el criterio de la chiquilla. Entraba un día cantando la canción de la reina Hortensia, haciendo gran ruido con las botas y las espuelas y empujando las puertas que se encontraba en el camino, cuando vió... (se horrorizaba de pensarlo) á Olivos, al capitanejo, al administrador de una caballeriza, arrodillado cerca de Violette y besándole las manos, y á ella, roja de vergüenza y desmoreciéndose de risa, pero gustosísima de oír aquellas cosas tan tiernas y tan bien declaradas. Chastel salió como había entrado no sin arrojar al suelo, pisoteándolas con rabia, las violetas que llevaba en la mano y que iba á poner en las de la chica liviana y voluble que acababa de sorprender en tan triste paso.

— ¡Jesús, qué enojado va! exclamó Violette riendo á carcajadas.

— Que se fastidie, dijo Pancho, siguiendo en sus besuqueos y sin pensar siquiera en volver el rostro.

— ¡Pobrecillo!

— Yo se lo agradezco, porque debido á él he sabido que me querías.

— Con toda mi alma.

— Dímelo otra vez.

— ¡Con to...da mi al...ma!

— Y pensar que yo me figuraba que te morías por ese mamarracho...

— Debía castigarte por eso.

— Pues castígame.

— Bastante castigado quedas con los ahogos que has pasado... ¿Conque pensabas en matar al franchute? ¿con que tenías ideado destriparle, comértele vivo y hacer con él cincuenta mil justicias? ¡Pues estaba yo fresca con dejarte á ti, á ti que desde que te miré por vez primera me diste en el centro del corazón!... Yo sí sabía que te amaba de amor; yo sí sabía que sólo contigo podía ser feliz; yo no necesité del reactivo de los celos para que se revelara lo que te quería...

— Repite, repite eso...

— Sí, desde que te conocí te quise. Te parecía muy niña, pero mi corazón no era niño: te amaba con todas

sus fuerzas y ya era tuyo. Ahora llevo cerca de tres años de mirarte, y te puedo decir que á nadie quiero, que á nadie querré como te quiero á ti.

— ¡Mi Violette!

— Qué, ¿no recuerdas, cuando venías á traernos aquellas bazofias que repartían en la plaza? Qué, ¿no veías que te guardaba la mejor leche de nuestra vaca? Qué, ¿no sabías de las peleas que por ti tenía con mi hermana?

— Sí, sí, lo recuerdo todo, todo. ¡Bendita seas!

— ¡Bendito seas tú!

Y habrían continuado con aquella música de besos y risas, de ternezas y chicoleos, si no hubieran oído una voz alegre y cordial que decía:

— Pase, pase, mi querido Récal, y beberá un licorcito que no conoce.



Entraron el buen Campardon y su amigo el zuavo, y en contar bolas inverosímiles, en hacer recuerdos de la noble Turena y en decir las excelencias ó los defectos de los jefes que mandaban en Puebla, se pasó la tarde hasta que, dadas las seis, Pancho se despidió, aunque no con el abandono que antaño, ni con la zozobra de los días pasados, sino contento, tranquilo y seguro, porque ya sabía que era otro hombre: que empezaba á ser hombre, porque sufría, gozaba y esperaba.

A la puerta de la casa, Pancho se despidió de Récal y continuó el camino para la suya, donde aguardaba importantes comunicaciones de su jefe; pero quien le aguardaba á él era una patrulla de polizontes mexicanos mandada por un jefe austriaco.

— Caballero de los Olivos, Francisco.

— Yo soy.

— Sícame usted.

Y caminó hacia el convento de la Compañía, donde le encerraron en un calabozo obscuro y solitario, en el que pasó la noche entregado á las reflexiones y á escuchar los ruidos que venían del exterior.

Dos días permaneció rigurosamente incomunicado el muchacho, y el tercero, que fué un lunes y un doce de Septiembre, le sacaron para llevarle á una estancia en que no había más adorno que una plataforma de madera, ocho sillas y un retrato del emperador Maximiliano, amén de

ocho militares uniformados que parecían las alegorías del mal humor y de la crueldad.

— Que espere el preso, dijo un vejete de grandes bigotes á lo Saboya; que espere el preso...

Y en la puerta detuvieron á Pancho, que penetró al cuartucho, luego que pasaron dos oficiales que marchaban con aspecto de enterradores.

— Se acusa á usted, dijo el presidente bigotudo, de estar en comunicación con los disidentes. El día primero de este mes, á las nueve de la noche, el capellán de la Compañía sintió que golpeaban fuertemente la pared del cuarto en que duerme. Puso cuidado, y notó á poco que los golpes redoblaban, concentrándose en un rincón de la pieza. Dió aviso al cuerpo de guardia situado en el cuartel y prisión vecinos, se colocaron en observación dos soldados en el punto en que se oían los golpes, otros se fijaron en lo que acontecía dentro, y no tardaron en descubrir á tres prisioneros que habían hecho una horadación por la que trataban de escaparse; pero que en vez de salir á la calle, equivocadamente cayeron á la casa del capellán. Se asegura que usted, antiguo ayudante de Porfirio Díaz, trataba de hacer que su jefe se evadiera, y que suministró á los reos las armas, herramientas y dinero de que se incautó la justicia. ¿Qué dice usted de ese cargo?

— Que es mentira.

— En su casa se han encontrado tres escalas de cuerda,

un cuchillo, doscientos pesos, una baraja, un ejemplar del último discurso de Quinet...

Sintió Pancho deseo de reír ante aquella enumeración, y dijo con sorna al bigotudo:

— ¿Y esas cosas prueban, señor presidente, mi complicidad con alguien?

— Usted es conocido como hombre sin empleo; su padre de usted anda con los revoltosos de Michoacán; su hermano desembarcó en Matamoros ó Guaymas y asuela el occidente del país en compañía de los bribones que siguen á Corona; usted mismo se fugó de Puebla en unión de Porfirio Díaz; disgustado con él, se vino á vivir aquí; pero cuando su jefe fué traído prisionero usted le visitó y hay presunciones de que le haya auxiliado en un intento de fuga que emprendió del convento de Santa Catarina... ¿Qué dice usted á esto?

— Que le agradezco á usted las noticias que me da de mi familia, y que casi todo lo que usted dice es cierto, pues en efecto, estuve en Puebla y en Oaxaca y también he visitado á mi general Díaz.

— Escriba usted, dijo el presidente á un oficial de anteojos más gruesos que la suela de un zapato yanqui; escriba usted, que el acusado conviene en todos los capítulos de acusación, y que confiesa su connivencia con Díaz y con los presos (ahora difuntos) que intentaron escaparse por la casa del capellán de la iglesia de la Compañía.



FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ

Y cogiendo un enorme tintero de cristal, lo arrojó á la cabeza del señor coronel...



— ¡No escriba usted eso, señor capitán! gritó Olivos lleno de cólera. No escriba usted eso, pues ni es cierto que haya auxiliado á los presos que trataron de escaparse, ni es cierto que haya conocido la empresa que ellos intentaron. Si la hubiera conocido, quizás hubiera prestado mi ayuda.

— ¡Calle usted, irrespetuoso! Escriba usted lo que le mando, capitán.

— ¡Villanos! gritó Pancho; dictan en francés para que nadie les entienda, pero conmigo esa no vale. Si quieren condenarme á muerte, díganlo con franqueza y no inventen este miserable armazón judicial que no pasa de ser una tapadera inmundada que encubre su deseo de sangre!...

— ¡Calle usted! gritó el presidente.

— ¡Calle el miserable! gritaron á una los miembros de la corte marcial, poniéndose en pie.

— ¡Miserable yo! ¡Pero si los miserables son ustedes, bellacos infames, que vienen á un país libre á causar la muerte de los patriotas!...

— ¡Voy á hacerte amordazar, ladrón, miserable!

— ¡Y yo á romperte el alma, perro cobarde!

Y cogiendo un enorme tintero de cristal, lo arrojó á la cabeza del señor coronel presidente de la corte, que recibió el golpe de lleno y cayó tambaleándose tiznado de tinta y manchado de sangre.

El mismo día, en la bartolina en que permanecía el

infeliz muchacho, atado de manos, con una bayoneta atravesada en la boca y otras dos lastimándole las espaldas y las corvas, le llevaron el fallo de la corte. Oyó impasible desde lo de «En nombre del Emperador... La Corte Marcial de la ciudad de Puebla»... hasta la resolución en que, con apoyo de los artículos 710, 1188, 2084, 3508, 6111 y fracciones I, II y IV del 6017, se condenaba á Caballero de los Olivos, Francisco, á ser fusilado en el lugar de costumbre, por los delitos de sedición, heridas, faltas á un consejo de guerra y no sé qué otras cosas así de terribles.

Pancho, á pesar de la sedación y el aplanamiento que sufría, tuvo fuerzas para reirse larga y sonoramente y para lanzar un escupitajo al notificador (un repugnante covachuelista mexicano), que hizo constar por diligencia aquel nuevo desacato al tribunal.

* * *

De un momento á otro aguardaba el desventurado capitancillo que se le llevara al lugar del suplicio; mas entretanto, ¿qué reflexiones hacía? Aquello era sin duda obra del desdeñado Chastel; pero ¿qué habilidad había gastado él para regalarle el gusto á su rival y para perderse! Y la fuga de su jefe, la gran empresa que venía pensando y elaborando y discutiendo desde tanto tiempo

hacía, quedaba pospuesta indefinidamente, quizás frustrada sin remedio. Si no se hubiera dejado llevar de aquel pronto, si hubiera seguido sosteniendo el papel que había hecho por meses enteros, otra sería su suerte.

Mas ¿quién sabe! si de todas maneras se le había de fusilar, preferible era que se le fusilara por haber hecho algo de lo que debía, no por haberse amilanado como una gallina. Dios diría.

Luego, ¿qué dolor perder la vida cuando se llevaba otra consigo, cuando le amaban, cuando amaba, cuando quizás su rival se aprovecharía de su muerte, se saldría con la suya por no haber sabido él cuidarse un poco! Y este pensamiento fué tan doloroso para el preso, que sintió que le apretaban más las ligaduras y que se hincaban más cruelmente en su carne las aristas de las bayonetas.

Consiguió dormir un poco; mas el sueño estaba lleno de visiones dolorosas, de espantables teorías de decapitados, de heridos y de difuntos. Recordaba los muertos de Santa Inés, los zuavos tendidos entre charcas de sangre, los cadáveres desnudos de una vieja y de un corneta, y un caballo que se pisaba las tripas y movido por el dolor se ponía en dos pies... tornándose coronel austriaco, de anteojos y uniforme con entorchados.

No sé dónde habría parado la invención del preso, cuando despertó aterrado y sudoroso, sintiendo que abrían